

Palabras pronunciadas por el doctor Bernardo Sepúlveda en la ceremonia de inauguración de las actividades conmemorativas del sesquicentenario de la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas, el 25 de marzo de 1983

DR. BERNARDO SEPÚLVEDA *

SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA, SEÑOR SECRETARIO DE SALUBRIDAD Y ASISTENCIA, SEÑOR DIRECTOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA, SEÑORES MIEMBROS DEL PRESIDIO, SEÑORAS Y SEÑORES

La enseñanza de la medicina en México durante la época colonial y aún en los primeros años de la vida independiente, pasó por largo período de lamentable atraso. Los programas establecidos en los siglos XVI y XVII en la Facultad Médica de la Universidad, seguían vigentes sin cambios

* Profesor Emérito de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México. Presentadas en el Palacio de la Escuela de Medicina el 25 de marzo de 1983.

esenciales, doscientos años después de implantados. La instrucción era puramente verbalista; y tan arraigada estaba la tradición medieval, que todavía en el primer tercio del siglo pasado, continuaban estudiándose en las cátedras los mismos textos de la antigüedad griega y romana. El maestro Chávez, en su obra "México en la Cultura Médica", escribe: "Aunque parezca inexplicable, todavía en 1928 seguían Hipócrates y Galeno como libros de texto en la Facultad, y todavía seguían comentándose en latín antiguo los viejos aforismos" del Padre de la medicina.

La instrucción en la Escuela de Cirugía, fundada a fines del siglo XVII, no era mejor; con requisitos mínimos de admisión y con bajo nivel de enseñanza, la preparación, tenía que resultar igualmente deficiente. La Universidad, arcaica en esa época y la Escuela de Cirugía, empírica desde su nacimiento, debían renovarse de acuerdo con el progreso de los tiempos.

Y fue así como el doctor don Valentín Gómez

Farías, Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, explicó el 10. de octubre de 1983, los decretos en que se suprimía la Universidad y la Escuela de Cirugía, y se creaba la Dirección General de Instrucción Pública y dentro de ésta, el Establecimiento de Ciencias Médicas, precursor de nuestra Facultad de Medicina. Pocos días después, el 23 de octubre, se publicó el plan de estudios del Establecimiento y se nombró a su primer Director don Casimiro Liceaga. Estos acontecimientos memorables, que marcan el fin de la educación médica colonial, son los hechos trascendentes cuya celebración hoy se inicia.

El plan de estudios del nuevo Establecimiento, basado en la reforma de la enseñanza médica en Francia desde la Revolución, y en las doctrinas de la medicina científica instauradas sobre todo por los maestros franceses, representó la transformación de la educación médica, al iniciar la implantación de los conceptos modernos sobre las ciencias médicas en nuestro medio. Magendie, el maestro de Claudio Bernard, y el genial Laennec, ocuparon entonces el lugar de Hipócrates y de Galeno, avanzando de golpe veinte siglos la doctrina médica en el país.

A lo largo de los primeros veinte años de su experiencia, la vida de la institución fue precaria y, aparte de otras circunstancias adversas, se revela este difícil período de su historia por su errar trashumante de un local a otro, sin sede propia. El Maestro Chávez dice al respecto "...Y así siguió el *viacrucis* y la escuela emigrando unas veces al Convento del Espíritu Santo, otras al Colegio de San Ildefonso, ora al de San Juan de Letrán, ora al Convento de San Hipólito, expulsada de todas partes, para ceder su edificio hoy a un convento, mañana a un cuartel".

Por fin, gracias tanto a las empeñosas gestiones del Director y de los profesores cuanto a la decidida ayuda moral y aun material de tan meritorio cuerpo docente, pudo adquirirse en propiedad para la Escuela en 1854 este bello edificio, en que hoy iniciamos la conmemoración del sesquicentenario del Establecimiento de Ciencias Médicas. Este Palacio, construido para albergar el Tribunal de la Inquisición y que había de ser la sede de nuestra Escuela durante los cien años siguientes, transformó de esta manera su sombrío destino inicial, convirtiéndose primero en el centro de la enseñanza médica nacional por un siglo; y después, reconstruido hasta devolverle su primitiva belleza bajo la gestión sucesiva del Rector Soberón y del Rector Rivero, sirviendo para alojar en su seno importante núcleo de difusión cultural científica y humanística. Pocos ejemplos habrá en la historia de metamorfosis más benéfica en la predestinación de un edificio.

El tener ya casa propia y el no ser más la "escuela peregrina", como la llama Martínez Cortés, aceleró el progreso de la joven institución, que dentro de la modestia de nuestros recursos, fue incorporando a la enseñanza los rápidos avances

de la medicina. Y al echar una mirada sobre la tarea docente de nuestra Escuela a lo largo de los años y desde luego en forma por demás arbitraria y esquemática pueden advertirse ciertas etapas reveladoras de los criterios vigentes para la preparación de los médicos formados en sus aulas. En éste examen de la tarea docente puede advertirse también cómo en el transcurso del tiempo, la Escuela procuraba adaptar los programas de estudio a la formación del tipo de médico requerido por las necesidades de la sociedad mexicana.

La primera etapa se prolongó por unos noventa años —de 1833 a 1923, aproximadamente— y yo diría que la Escuela se distinguió por formar entonces gran número de profesionales con sólida preparación en medicina general, y algunas figuras de gran eminencia en varias ramas de las ciencias médicas.

Los que tuvimos el privilegio de conocer al prototipo del médico general familiar, lo recordamos con respetuoso afecto como el doctor que practicaba la medicina interna, la ginecobstetricia, la pediatría, la traumatología y la cirugía con toda la eficacia a su alcance, y que acudía de inmediato a cualquier hora del día o de la noche a la cabecera del enfermo; hombre afable y bondadoso que confortaba con su presencia y animaba con su buen humor; personaje que conocía los más íntimos problemas del hogar y aconsejaba sabiamente las mejores soluciones; y, en suma, ser que nos parecía de categoría superior y que en efecto desempeñó un papel insustituible en la vida familiar y social de la época. Y no estoy evocando un ente mítico, sino un hombre, y junto a él, muchos hombres de carne y hueso. Como ejemplo, cito por su nombre uno de esos prototipos, el ilustre doctor don Edelmiro Rangel, quien tuvo esas virtudes y otras más y fué el médico de mi familia en Monterrey, donde ejerció la medicina general con gran acierto por más de cincuenta años. Los que tuvimos el privilegio de conocer a esos prototipos que tanto hicieron por la salud de la población, rendimos tributo de reconocimiento a ésta Escuela que supo formar tales médicos.

En cuanto a las grandes eminencias que egresaron de éstas aulas y brillaron en ese período, no sería posible mencionarlas siquiera; pero hay una figura que debe citarse por la trascendencia de su obra proyectada en beneficio de la colectividad: don Eduardo Liceaga, el primer higienista mexicano. Presidente del Consejo Superior de Salubridad de 1886 a 1914, introdujo en el país la medicina preventiva científica, redactó el primer Código Sanitario, concluyó el drenaje de la capital, combatió la viruela, la rabia y el tifo, dominó la invasión de peste bubónica y extinguió la fiebre amarilla urbana en la República. Y si a estos méritos sobresalientes se agrega que el doctor Liceaga construyó el Hospital General, planeado por él como hospital de enseñanza, se con-

cluye que tiene por derecho propio un lugar de honor entre las personalidades médicas más relevantes de su tiempo.

La etapa siguiente de la enseñanza en la Escuela principió donde terminó la anterior, al inicio de los años veinte, y se caracterizó por el auge de las especialidades a expensas de la medicina general. La nueva etapa se gestó como un movimiento de reforma encabezado en el Hospital General por los Maestros Ignacio Chávez, Aquilino Villanueva y otros eminentes especialistas; movimiento de reforma que a la vuelta del tiempo significó un avance extraordinario en la educación y en la investigación biomédicas y en la práctica de la medicina institucional y privada.

La etapa no termina todavía, si bien hay claros indicios de que se están rectificando los excesos conceptuales, reteniéndose en cambio la indiscutible utilidad que trajo consigo la reforma. Incluso uno de los principales promotores de las especialidades, el maestro Chávez, en su célebre conferencia "Grandeza y Miseria de la Especialización Médica", pronunciada en el Congreso Mundial de Cardiología en Bruselas, en 1958, insistía en el peligro de la fragmentación y veía perfilarse un riesgo inminente: la deshumanización de la medicina. Reclamaba entonces la sólida preparación en medicina general del especialista y su formación humanística complementaria de la científica, como remedio contra estos

males. Pero es también indudable que no todos tuvieron esa visión certera y que se incurrió en errores al postergar la medicina general exaltando las especialidades.

Mas la sesquicentaria Escuela, ya con el rango de Facultad de Medicina, ha sabido otra vez asimilar las nuevas corrientes de la educación biomédica, incorporando los conceptos modernos de la atención médica en tres niveles estrechamente relacionados: el nivel primario o de la medicina general; el secundario, que incluye las cuatro especialidades básicas: medicina interna, cirugía general, ginecoobstetricia y pediatría; y el nivel terciario, para la atención de problemas que requieren los recursos de los grandes hospitales de concentración.

Es un hecho bien conocido que la atención a nivel de la medicina general es la que exige hoy el mayor impulso, para extender la cobertura de la medicina preventiva y curativa a toda la población; pero felizmente las autoridades universitarias le han impartido ya en los últimos años vigoroso apoyo al programa respectivo; y felizmente también, las actuales autoridades dirigentes del Sistema Nacional de Salud, le han otorgado ahora todo el necesario sostén. De este modo, se está restableciendo el debido equilibrio en los niveles de atención médica y nuestra venerable Escuela, de la mano con las instituciones del sector salud, vuelve a participar activamente en la formación del personal médico requerido para el mantenimiento de la salud de la población mexicana.